

## *Alta Estirpe de Firindain, los Artesanos*

### LOS DOCE NAVÍOS ELFOS

**D**e todas las maravillas que nos dejaron los elfos de los Días Antiguos, hay una en especial que asombró a todos. El arte fue un don que los elfos alcanzaron desde el comienzo de su existencia, no como los hombres, que lo alcanzarían mucho más tarde. Pero de entre todos los artistas elfos, sin duda, el más grandioso, fue Firin, Primero de Firindain.

La Alta Estirpe de los Elfos de Firindain llegó a la Tierra de Aradán casi en último lugar. Arribaron a su costa sudeste, y en unas montañas junto al mar se asentaron. Pronto conocieron al resto de elfos, y fueron muy bien acogidos. Ya desde un principio, los firindains fueron conocidos por su artesanía y labor artística. Fueron una cultura muy próspera, por largo tiempo. Pronto fundaron un primer asentamiento al que llamaron Cynthia.

Firin, en la primera reunión de los elfos, le regaló a cada uno una figura tallada en madera con la forma de un capullo de flor, a punto de brotar. Era preciosa, con miles de inscripciones talladas, hermosísimas. Dijo Firin al regalárselas que éstas simbolizaban el nacimiento de una nueva y duradera amistad, y le regaló una a los altos señores elfos de cada casa. En total fueron nueve flores de madera, pues él también guardó una.

El tiempo pasó, y las cosas le fueron muy bien a Firin. Hizo buena amistad con los más grandes elfos de su tiempo, aquellos pocos valientes que siempre serán recordados en la historia... Aquellos días de prosperidad, Firin conoció a Noda, quien sería su esposa y con quien tendría tres hijos después. Éstos fueron Ethea, Anthor y Lothos, al que llamarían el Alfarero.

Cuando comenzaron las Guerras de la Sangre, los firindains no quisieron ser menos que el resto, y por amor a la tierra que tenían, enviaron un ejército junto al de Aradán, recién nombrado Rey de todos los elfos. Al mando de las tropas de la Alta Estirpe de Firindain marchó Anthor, uno de los hijos de Firin. Pero los elfos de Firindain nunca fueron diestros en el combate, y el pobre Anthor cayó luchando noblemente.

Aquello fue un golpe durísimo para Firin, que dudó si mandar más tropas a la contienda contra los elfos de Yandalath, que ya habían conquistado y sometido el norte de la isla. Pero por no ver la muerte de Anthor en vano,

Firin envió a su otro hijo, Lothos, comandando una gran fuerza, y por otro lado, una menor al mando de Assär, hijo de Lothos, su propio nieto.

La decisión, la preparación de los ejércitos y la partida se demoró mucho, y las tornas habían cambiado cuando los firindains regresaron a los campos de batalla. Al parecer, Assär, hijo de Lothos, se unió a un ejército de la Alta estirpe de Quivarén, dirigido por Kalthia, y juntos derrotaron a la Hueste Sombria de Örolog, hijo de Efgo de Yandalath. Aquella fue llamada la Batalla de las Sombras.

Tras aquel éxito, los ejércitos elfos, con Aradán al frente, y sin Örolog oponiéndose en su camino, que había huido marchándose de la isla, alcanzaron las tropas de Efgo de Yandalath. Al parecer, antes de que Efgo y Aradán se enfrentaran, los elfos de Yandalath atacaron en emboscada al ejército de Lothos, hijo de Firin. Fue un intento desesperado, por parte de los de Yandalath, de ganar tiempo, aunque no evitarían lo inevitable... En aquella escaramuza cayó muerto Lothos, hijo de Firin, al que llamaron en vida el Alfarero.

Cuando Assär supo de la muerte de su padre, marchó con su ejército hasta el lugar donde hubo muerto, y enterró su cadáver y erigió una tumba con su nombre. Assär, entonces, juró que vengaría a su padre, y partió hacia el frente, dispuesto a expulsar de una vez por todas a los elfos oscuros, como se llamaba a los de Yandalath.

Aquello ya fue cuando terminaron las Guerras de la Sangre. Aradán se enfrentó a Efgo y lo derrotó. Allí estaba presente Assär, hijo de Lothos, junto a los demás combatientes, cuando la Tierra de Aradán se partiera en un archipiélago de incontables islas...

Assär regresó victorioso a Cynthia, al hermosísima ciudad de los elfos de Firindain, tal vez la más bella de todas las ciudades elfas, y allí lo recibió su abuelo Firin. Juntos lloraron la muerte de Lothos y de Anthor, y Assär le contó la promesa que había hecho al enterrar a su padre. Había jurado vengar su muerte, y pensaba cumplir tal juramento. Firin le pidió que abandonara su causa, pero éste rehusó.

Cuando se celebró el Tercer Concilio de los Elfos y Firin, Primero de los firindains, fuera nombrado Rey, Aradán le permitió vivir al norte de la isla de Ithirian-Dar, y Cynthia, la ciudad de los firindains, creció floreciente por largo tiempo.

Ya en tiempos más felices, cuentan, Assär no pudo dejarse llevar por sus sentimientos de odio y añoro, por su rencor, y se marchó desobedeciendo a su abuelo. Partió de los Reinos Elfos de Eleanor, como ya eran conocidos, con unos pocos hombres y ya jamás regresó. Parece que se perdieron en las Tierras

de Elhada, donde habitan los elfos oscuros. Nunca se supo qué les ocurrió, pues ninguno de ellos regresó para contarlo...

Firin, Rey de los firindains, lloró mucho la partida de su nieto, que le recordó a los duros tiempos de la guerra, en que perdió a sus dos hijos. Entonces hizo él una promesa.

Una noche de luna menguante, cuando ésta se asomaba entre el infinito manto negro, Firin prometió que lograría hacer la paz con todas las Altas Estirpes de Elfos. Aquella promesa lanzada al viento nocturno, fue escuchada por Moulth, la Diosa de los Sueños y las Estrellas, o eso dijeron algunos. Moulth, al escuchar a Firin, acudió hasta Dianae, la Diosa de la Vida, y le contó todo. Entonces, ambas, decidieron aparecérselo a Firin, Primero de los firindains. Las Diosas le desearon suerte a Firin para cumplir su promesa, y le otorgaron con la visión de una bellísima obra de arte.

Firin, con esa visión en mente, hizo doce figuras de cristal, y las llevó ante Moulth y Dianae, y les dijo que le regalaría cada una de las figuras a cada Alta Estirpe de los Elfos. Ellas, entonces, bañaron con su poder las doce joyas, consagrándolas. Algunos incluso dijeron que Moulth guardó en el interior de cada una la luz de una estrella. Las figuras tenían la forma de una hermosa flor abierta, y brillaban por alguna energía o poder de su interior. Las llamó las Doce Flores de Aissed.

Firin comenzó entonces su gran odisea. Las dos primeras Flores de Aissed se las regaló a Aradán, de Assëe, y a Eleanor, de Avanissían. Después acudió hasta Kalhia, de Quivarén, y le regaló otra flor en recuerdo de su nieto Assär, con quien ésta había combatido gloriosamente en el pasado. Fue hasta la Isla de Tatai, y le entregó otra flor a Edön, de Cardonón. Encontró también a Euglenófitus, hija de Menedhros, de Menedhrassé, que pescaba tranquila en una playa preciosa. Allí Firin le dio otra de sus obras de arte en señal de amistad. Acudió hasta Dallah y Allën, Primeros de la Alta Estirpe de Anaereá, quienes le agradecieron siempre el regalo... Incluso dio con Gelidenos, Primero de la Alta Estirpe de Gelidén, y así le regaló una Flor a cada pueblo de los elfos que aun vivían en las islas... Repartidas ocho Flores de Aissed en los Reinos de Eleanor, se empeñó en navegar el océano hasta dar con los cuatro restantes.

Recuperó la antigualla en que se había convertido el Navío con que llegaron a la Tierra de Aradán al comienzo de sus tiempos los firindains, el último de los Doce Navíos que se conservaba. Firin se hizo a la mar entonces, a bordo del navío de la Alta Estirpe, y navegó los Mares del Mundo en busca de las Estirpes de Laentis-Anne y Barafundär, en el Viejo Mundo, como lo llamarían después. Estos últimos dijeron estar esperándolo a su llegada...

Tras aquello, Firin navegó cruzando los Mares del Caos, hasta las Tierras Oscuras de Elhada. Y haciendo acopio de honor y de rechazo al


orgullo, acudió hasta las puertas de Dunottar, la Fortaleza de la Arpía, donde por aquel entonces estaba preso Efgo, de Yandalath. Allí solicitó verle, y se atrevió a regalarle una Flor de Aissed. Le dijo que le perdonaba por todo, y que se marchaba. Sin más. Efgo se lo agradeció, y le permitió marchar de Dunottar.

Después Firin, que sólo le quedaba por entregar una Flor de Aissed, a los elfos de Hirinen, partió de las Tierras de Elhada, y navegó por el mundo en su busca. Muchos dicen que jamás los encontró. Otras dicen que sí. Como tantos otros misterios de las historias de los Días Antiguos, de este desconocemos, o eso dejaremos escrito aquí, el final verdadero que aconteció.

El tiempo pasó para los Elfos de Firindain, y muy prósperos fueron también entonces. Su arte siguió floreciendo, y el mundo llegó a cambiar, y Firin, Rey de todos ellos, regresó en contadas ocasiones. Dijeron que jamás pasaba más del tiempo necesario en puerto, pues su ansia por cumplir su promesa le movía a hacerse a la mar. Terminó dejando el gobierno de Cynthia y de los firindains a su nieta Atenea, hija de Assär, de la cual algunos inoportunos se atrevieron a decir que se había enamorado. Pero poco más se supo de Firin, salvo que pasó el resto de su vida navegando el mundo a bordo del navío de la Alta Estirpe de Firindain, en busca de los Hirinen y de cumplir su promesa.

El Navío de la Alta Estirpe de Firindain fue el único de los doce que se mantuvo a flote hasta la Edad de los Hombres, incluso mucho más allá, hasta que esta Edad también terminara, como lo hicieran una vez la de los Dioses y los Elfos. Cuentan que el Navío de Firin se convirtió en un barco fantasma y solitario que jamás dejó de surcar los Mares del Mundo...

*Alta Estirpe de Firindain, los Artesanos  
Los Doce Navíos Elfos  
Memorias Olvidadas*

 Darka Treake, 2008

[www.modt.net](http://www.modt.net)